

JOSÉ ANTONIO MARINA



es@lavanguardia.es

crear

‘SLOW’

Comienza a diseñarse una *slow culture*, una cultura de la lentitud, como protesta contra una invasiva cultura de la rapidez. Hace años, el sociólogo Pierre Bourdieu, en su libro *Sobre la televisión*, criticó el pensamiento veloz: “La televisión privilegia a un cierto número de *fastthinkers* que proponen un *fastfood* cultural, alimento cultural predigerido, prepensado”. Leo en un libro titulado *Ten seconds that will change your life*: “Este libro le enseña cómo ser doblemente feliz, sano,

desbordante de energía, seguro de sí mismo, capaz y libre de inquietudes. No requiere que usted siga ningún penoso esfuerzo psíquico o mental”. Contra estos excesos aparece el elogio de la lentitud. Carl Honoré, Maurice Holt, Carlo Petrini, Guy Claxton y Joan Domènech han defendido la necesidad de una sabiduría del tiempo, uno de cuyos principios es que no siempre la velocidad es la solución óptima. La naturaleza tiene sus propios ritmos, explosivos como el florecer del hibiscus, encalmados como el granar del trigo, solemnes como el despliegue poderoso de la secuoya. Lo mismo ocurre con los asuntos humanos. Uno es el tiempo de la ocurrencia y otro el de la argumentación. La consigna es breve; el razonamiento, largo. La comprensión, súbita; pero el aprendizaje, lento. El enamoramiento, fulgurante; el amor, demorado. La maduración tiene su tiempo propio. En la actualidad estamos abreviando la infancia. Lanza-

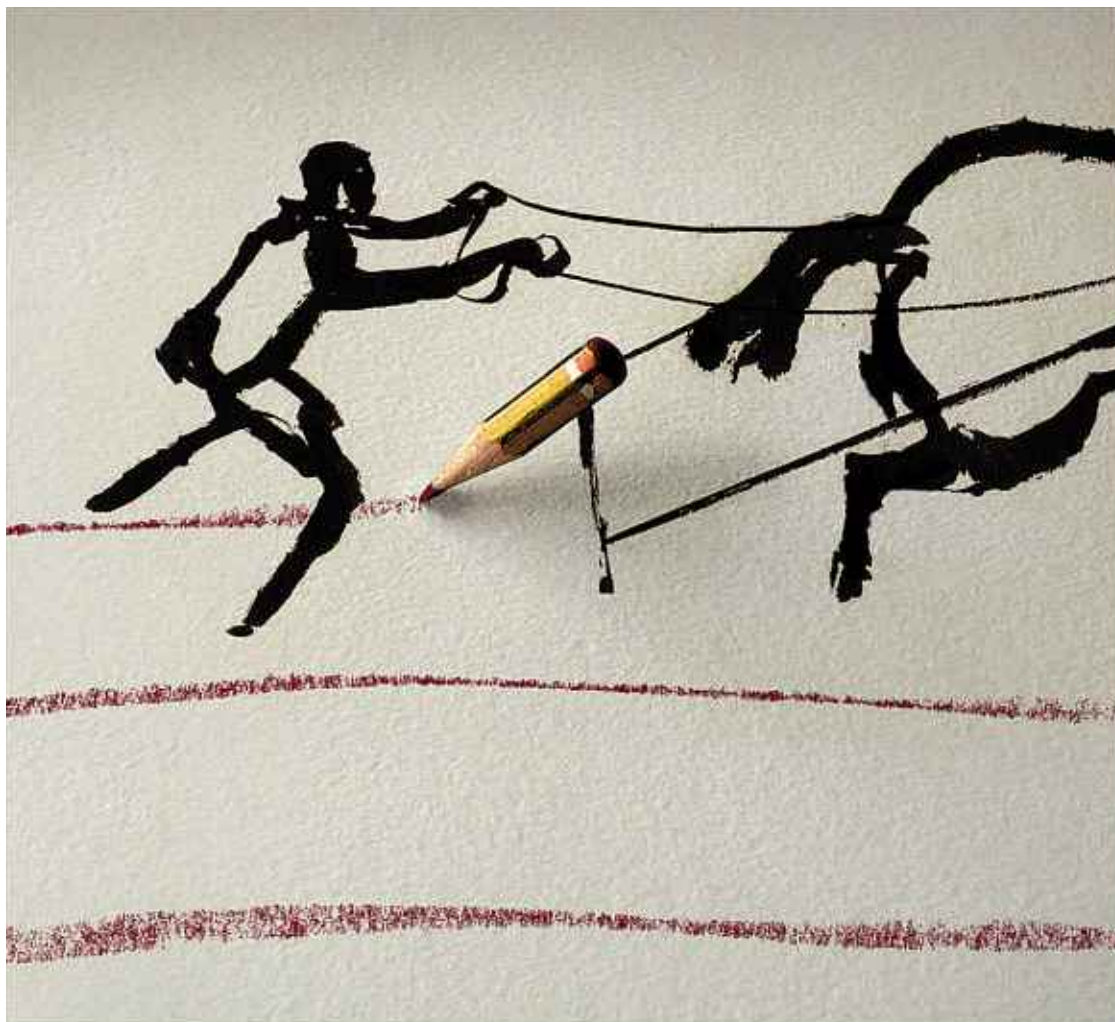
mos a nuestros niños apresuradamente hacia la adolescencia. Hasta no hace mucho, se decía que a los 12 años comenzaba la preadolescencia. En los últimos libros de psicología evolutiva que he recibido se dice que la adolescencia comienza a los 10. Si seguimos así, la adolescencia comenzara con el destete.

Lo importante es descubrir el ritmo interior de cada cosa, de cada sentimiento, de cada acción. Hay que ser paciente al escuchar, pero rápido en responder a la injusticia. Hay que tener calma para decidir, pero hay que ser veloz en ejecutar lo decidido. La prisa corta por lo sano, es ciega para los valores de aparición pausada, entre los

NO SIEMPRE LA VELOCIDAD ES LA SOLUCIÓN ÓPTIMA; DEBEMOS DESCUBRIR EL TIEMPO INTERIOR DE CADA COSA

cuales se encuentra la verdad y ciertos tipos de belleza. Vistas a la carrera, todas las cosas son de usar y tirar. El sagaz Aristóteles decía que no se pueden tener muchos amores verdaderos, “porque la amistad necesita tiempo”. La ternura, por ejemplo, no puede ser apresurada, porque supone poner el tiempo a disposición del cuidado. También

el aprendizaje profundo exige tiempo. No hay sabiduría *flash*. Leo con frecuencia un texto de Hokusai, un maravilloso dibujante japonés, que habla de la maduración de la vida: “Desde la edad de seis años tuve la manía de dibujar la forma de los objetos. A los cincuenta años había publicado infinidad de dibujos, pero todo lo que he producido antes de los setenta no vale nada. A los setenta y tres aprendí algo acerca de la verdadera estructura de la naturaleza. Cuando tenga ochenta habré progresado aún más, y a los noventa penetraré en el misterio de las cosas. A los cien habré alcanzado una etapa maravillosa y cuando tenga ciento diez, todo lo que haga, ya sea un punto o una línea, estará vivo”. En cambio, los artistas del siglo pasado inventaron el *fast art*. Mathieu, que pintaba grandes murales en unas cuantas horas, creía que la velocidad permite alcanzar la liberación artística, porque evita que la reflexión mate la espontaneidad creadora. Echo de menos la lentitud de Hokusai. ■



Raúl